

LUIS MARTÍNEZ

María Viviana marcó el número del teléfono con fruición. Introdujo su pequeño índice en el disco con expresión jubilosa. Se repitió a sí misma como un retornelo: 843-8484, 843-8484. Cuando oyó al locutor dar la hora se estremeció. El timbre de su voz la cautivaba. La dejaba en suspenso como si le robase todas las potencias del cuerpo y del alma. Era un gozo que iba más allá de las palabras. Se apretó el auricular contra el pabellón de la oreja para escuchar mejor. No quería perder ni siquiera una sílaba. Marcó de nuevo el número: 843-8484 y lo repitió gozosa: 843-8484, 843-8484. Volvió a oír la voz aterciopelada del animador que informaba la hora. Había pasado un minuto. Pero ella había vivido una eternidad.

María Viviana tenía la obsesión del tiempo. A cada instante miraba su reloj de pulsera para corroborar la hora. Era algo que iba más allá de su voluntad. Su preocupación temporal podía más que ella misma. La dominaba y la vencía.

Siempre había sido así. Desde niña vivió pendiente del reloj. Creció con esta preocupación. Quería saber, en cada instante, qué minuto vivía. Lo mismo en sus momentos de dolor que de alegría. La hora era para ella una obsesión. A medianoche, cuando despertaba, lo primero que hacía era mirar un gran cronómetro

lumínico que tenía muy cerca de la cama. Después que sabía la hora respiraba hondo. Se sentía más dueña de sí misma.

María Viviana era fea. Tenía una cara larga, afilada, la boca siempre entreabierta como una tonta, y unos pies enormes. En cambio, el cuerpecito era menudo y frágil como el de una muñequita de biscuit. Al mirarse al espejo se sentía desgraciada. Se veía su figura delgada, lacia, desmirriada, rematada —en la parte superior— por una carona que parecía una máscara cómica y, en la inferior, por unos pies largos y anchotes como las patas de un elefante. Nunca había tenido novio. Frisaba en los cuarenta y había pasado, hasta esa fecha, inadvertida para los hombres. Era una solterona empedernida.

Había estudiado en la Universidad de Columbia en Nueva York. Tenía un doctorado en Filosofía. Pero era intrigante y envidiosa. Se burlaba de sus compañeros por detrás y los calumniaba. Sus alumnos no la querían. Su personalidad irradiaba una frialdad, una falta de calor humano, que todos sus puentes espirituales caían al abismo. No llegaban a sus semejantes.

María Viviana se sentía sola. Tenía una amiga inseparable mayor que ella. Pero no llenaba su vida espiritual. Se sabía incomunicada, aislada, dentro de su concha de aparente indiferencia. Íntimamente sentía la necesidad de querer y ser querida. Hasta ahora, el amor había sido para ella una palabra sin sentido.

Volvió a marcar el número 843-8484. Lo repitió en voz baja: 843-8484, 843-8484. Se pegó el auricular al oído como si quisiera introducirlo en su carne. La voz del locutor —vibrante, melodiosa, como hecha de terciopelo y de cristal— se le metió dentro del cuerpo como un dardo. Era maravillosa la sensación que sentía. Le decía la hora y, además, la penetraba como si la poseyese toda a través de la palabra. Cada vocablo suyo era como una saeta que la atravesaba y la hacía estremecer.

Se quedó como en éxtasis y lo vio: Moreno, alto, dominador, con su piel de canela y de rosa; ojos negros, brillantes, con una mirada pícara y acariciadora y un cabello endrino que le revoloteaba en ondas sobre la frente como una aureola.

—Ejerces sobre mí una especial fascinación.

—Gracias.

—Tu voz me penetra. Me siento poseída por ti cada vez que te escucho. Tu palabra tiene un poder mágico para mí. Me trans-

porta. Oyéndote soy otra persona. Me siento nueva, distinta, como si nunca hubiese sido quien soy.

—¿Me amas?

—No lo sé...

—Lo adivino...

—No sé si te amo. Sólo sé que me estremeces. Despiertas en mí sensaciones extrañas. Me siento mujer oyéndote. Te necesito y te deseo.

—También yo quisiera estar contigo...

—¿No te importan mis cuarenta años, mi cara fea y mis pies desmesurados?

—No te avergüences de ti misma. Tienes talento. Hablas bonito. Y eso vale tanto como un rostro de madona y unos pies de muñeca...

—Me gustaría besarte...

—Hazlo. Mis labios están abiertos para ti...

María Viviana apretó el auricular contra su oído fuertemente. El locutor daba en ese instante las doce de la noche. Pero ella no podía dormir. Su carne de doncella reclamaba un hombre. Su apartamento solitario —en que se movía como una sombra— exigía una presencia masculina. Sólo tenía su voz. ¡Pero qué atracción ejercía sobre ella! Cada vez que daba la hora exacta, la poseía como si fuera un sátiro insaciable y hambriento.

Dio una vuelta por su habitación. La noche tibia se asomaba a través de los cristales de la ventana. A lo lejos, la ciudad dormitaba entre luces y sombras. Pero nada le importaba. Sólo le cantaba adentro la voz de su amado, el locutor desconocido que había despertado en ella sus ansias secretas de mujer.

Volvió al teléfono. Marcó otra vez el número 843-8484. De nuevo escuchó la palabra cariciosa del hombre. Anunciaba las doce y quince minutos de la noche. Pensó, con dolor, que otras mujeres, como ella, lo llamarían también. Y él, con su voz de barítono, de hombre másculo, les regalaría el oído con su acento. Se sintió celosa.

—No quisiera que le dieras la hora a nadie. Nada más que a mí.

—¡María Viviana!

—Te quiero y anhelo que seas mío. ¡No puedo compartirte con las otras mujeres!

—Estás loca. Mi trabajo es anunciar la hora para todos. Soy un locutor...

—Te quiero sólo para mí. Te necesito. Quiero ser tuya. No me basta tu voz. Anhele tu cuerpo, tus manos, tus ojos, tus labios, tus besos...

—Eres absorbente.

—Estoy celosa. Tengo celos de todos y de todas. ¡Hasta de los hombres que te escuchan!

Y rompió a llorar como nunca antes lo había hecho. Sintió que dentro de su corazón se rompía el dique que se había fabricado con esfuerzo y tesón. Apretó el auricular contra su pecho. Lo besó con pasión. Le parecía que el teléfono formaba parte de él mismo, que era una continuación de su cuerpo. Hubiera querido fundirse con el aparato dulce y secretamente.

Volvió a marcar el número con fruición: 843-8484, 843-8484. Tenía la boca fría y el sudor le bañaba la frente. El locutor dio la una de la mañana. Su voz la penetró toda. Era suya a través de la palabra. Jamás se había entregado a un hombre. Y, ahora, en la soledad de su apartamento, se daba por entero al desconocido que anunciaba la hora con un tono aterciopelado y dulce que le acariciaba el oído.

—Mi amor, escúchame...

—¡María Viviana!

—Es que no sé ni siquiera tu nombre. No sé quién eres. Sin embargo, te amo. Te amo más allá de mí misma, con desesperación, con locura... ¡Ven! ¡Ven!

—¡María Viviana!

—No me oyes. Yo te escucho. Me das la hora. Pero dime una palabra de amor. Dime que me deseas. Quiero ser tuya enteramente. ¡Ya lo soy! Tú me has poseído muchas veces a través de tu voz...

—¡María Viviana!

—¡Ven! ¡Ven que te necesito! ¡Te amo! ¡Ven! ¡No puedo más! ¡Tu silencio me ahoga!

Y apretó el teléfono nuevamente contra su cuerpo. Colocó el auricular entre sus senos. Lo estrujó. Lo besó. Sollozaba. Jadeaba como una perra herida.

—¡Ven! ¿No me oyes?

—Las dos de la mañana...

—¡Ven! ¡Te necesito! ¿Por qué no me escuchas? ¡Ingrato! ¿No me ves que estoy desesperada?

Tomó el aparato y lo tiró contra el suelo con rabia, con furia

incontenida. Rompió a llorar como una niña. Se arrodilló y fue recogiendo del piso los pedazos del teléfono que se habían despararramado por la alfombra. Los besó entre sollozos. Y, vencida, rota, sin voluntad para vivir, gritó enloquecida:

—¡He matado al amor! ¡He matado al amor!

En Ponce, a los veintiocho días
del mes de marzo de 1975.